

NOTAS SOBRE GLOBALIZACIÓN (Y DERECHOS HUMANOS):
A PROPÓSITO DEL LIBRO *WHO ARE WE?*
DE SAMUEL P. HUNTINGTON*

Imer B. FLORES**

SUMARIO: I. *A manera de introducción: ¿qué es la globalización?*
II. *¿Quiénes somos nosotros?* III. *¿Quiénes son ustedes?* IV. *A modo de conclusión: ¿quién es quién?*

I. A MANERA DE INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES LA GLOBALIZACIÓN?

Cazar al cazador parece plantear una misión imposible, análoga a la de la fábula de Esopo, en donde los ratones aplauden la propuesta *in thesi* de ponerle el cascabel al gato, sin reparar en que alguno de ellos tiene que hacerlo *in praxi*. Sin embargo, en esta ocasión resulta no solamente que al mejor cazador se le fue la libre sino además que éste resulta cazado por sus propios trabucos o trampas. En otras palabras, parecería que *in hypothesi* sí se puede que los patos le tiren a las escopetas o que los tiros le salgan por la culata para que el cazador resulte cazado.

El cazador cazado es el mismísimo Samuel P. Huntington, cuyo libro *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*,¹ apareciera,

* Versión revisada de la Conferencia, intitulada "Hunting Huntington (and his Partial Truths): The Challenges of Anglonization in México and Latinization in USA", dictada el día 25 de marzo de 2004 en el Honors College de la University of Houston.

** Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. El autor agradece a Ted Estess, Dean del Honors College de la University of Houston, su invitación para dictar esta conferencia durante una estancia como *Visiting Scholar* en dicha Universidad, a los asistentes a la conferencia y a Roberto Vidal Sánchez sus comentarios, así como a un dictaminador anónimo sus observaciones.

¹ Huntington, Samuel P., *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004 (hay versión en español: *¿Quiénes somos? Los*

en mayo, de 2004, después de que el capítulo 9 fuera publicado en la revista *Foreign Policy*, en el número correspondiente a marzo-abril de ese año, donde cuestionaba si la inmigración de hispanos es uno de los principales retos para la identidad nacional de Estados Unidos.² Para él, el flujo sin precedentes de inmigrantes hispanos, sobre todo mexicanos, amenaza con dividir a Estados Unidos en una nación con dos pueblos, con dos culturas y dos lenguajes (pp. 221 y 256). A diferencia de las inmigraciones anteriores, los latinos han formado sus propios enclaves culturales y lingüísticos sin integrarse de lleno al “sueño americano”. Así que la división cultural-lingüística entre anglos e hispanos va a desplazar a la étnica-racial entre blancos y negros como el más serio desafío para la sociedad estadounidense.

Hace casi diez años Huntington fue uno de los primeros en predecir, en *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*,³ que el conflicto (ideológico) entre capitalismo y socialismo característico de la guerra fría sería sustituido por un choque (religioso-cultural) entre las civilizaciones de occidente y el mundo musulmán en la posguerra fría, o lo que es lo mismo entre dos grandes religiones: el judeocristianismo y el islamismo. Así fue capaz de presagiar la existencia de un gran desafío para la paz mundial: una “amenaza externa” que se concretizaría, primero, en Estados Unidos, el 9/11, y, después, en España, el 3/11,⁴ con lo cual justifica las

desafíos a la identidad nacional estadounidense, Barcelona, Paidós, 2004). Las referencias a este libro las haremos, con relación a la edición original en inglés, directamente en el texto y entre paréntesis.

² Usamos el nombre “Estados Unidos”, así como el gentilicio “estadounidense(s)”, según sea el caso en singular o plural, y no la expresión “América”, porque ésta denota no solamente a un país sino además a todo un continente. No obstante, reservamos el uso del adjetivo “americano” para figuras muy arraigadas tales como el “sueño americano”, el “credo americano”, y el “estilo de vida americano”. Asimismo, para referirnos a las identidades subnacionales “americano” y, por último, el término “americanización” para la acción y efecto de “americanizar”, por ejemplo, hacer “americano” algo.

³ Huntington, Samuel P., *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Touchstone, 1997 (hay versión en español: *El choque de civilizaciones*, Barcelona, Paidós, 2000).

⁴ Seguimos la tradición estadounidense de identificar los trágicos eventos del 11 de septiembre de 2001, con 9/11, y los del 11 de marzo de 2004, con 3/11, no sólo por corresponder a su forma de datar: primero el mes y luego el día, sino también porque el primero representa el 911, el número de las emergencias; y el segundo ocurre exactamente dos años y medio después del primero, con lo cual la correlación entre ambos es bastante evidente: El 3/11 no es sino el hermano europeo simbiótico y simbólico del 9/11. Véase Flores, Imer B., “Notas sobre globalización (y derechos humanos): A propósito de los

guerras preventivas y punitivas como las intervenciones militares en Afganistán e Irak.

En sus palabras: “La retórica de la guerra ideológica estadounidense contra el comunismo militante ha sido transferida a la guerra religiosa y cultural frente al islamismo militante” (p. 359). Más adelante agrega: “Lo que los estadounidenses ven como una guerra en contra del terrorismo, los musulmanes la ven como una guerra en contra del Islam” (p. 360). Y añade: “Los musulmanes ven cada vez más a Estados Unidos como su enemigo. Si ese es el destino que los estadounidenses no pueden evitar, su única alternativa es aceptarlo y tomar las medidas necesarias para vivir con ello” (p. 361).

Al presentir una “amenaza interna”, consistente en la “*Reconquista*” de Estados Unidos por parte de México, justifica la organización de la “*Resistencia*” o de la “*Contra-Reconquista*” al sugerir una revisión de las políticas migratorias con respecto a los hispanos, en general, y a los mexicanos, en particular, incluidas la adopción de políticas tendientes, tanto a limitar o restringir la entrada y la estadía de los inmigrantes como a promover y propiciar la asimilación de éstos a la cultura angloprotestante dominante (p. 221). Con ello incita a la animadversión del “waspismo”, de grupos radicales, como sería el caso del movimiento “Minute Man” en Arizona, e invita a la violación de los derechos humanos tanto de inmigrantes como de sus co-nacionales con estos orígenes.

Si bien tiene razón en que el signo de la globalización es el choque de civilizaciones, ya que de la creciente interdependencia deriva el conflicto y la aparición de nuevas amenazas externas e internas, esto por sí solo no justifica que se violen los derechos humanos. Es decir, mientras su descripción puede ser más o menos acertada, su interpretación de la misma y, en consecuencia, su predicción y su prescripción no son atinadas.

La paradoja es que está tan preocupado, por la posibilidad de que el pez chico se coma al grande, que se le han olvidado que las costumbres y tradiciones que han hecho de éste lo que es, no se reducen a la religión protestante, a la etnia anglosajona, y a la raza blanca, todas de origen europeo, ni mucho menos a una cultura homogénea o al idioma inglés, sino más bien a lo que él mismo identifica con el “credo americano” —producto de la cultura angloprotestante distintiva de los primeros colonizadores de América

claroscuros del 911”, en Díaz Müller, Luis T. (coord.), *Globalización y derechos humanos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2003, p. 63.

del Norte— término popularizado por Gunnar Myrdal en *The American Dilemma*, en 1944 (pp. xv-xvii y 66-69).

Antes de analizar y criticar las tesis de Huntington, cabe enfatizar que la globalización implica choque e interdependencia pero no necesariamente conflicto. Así, la globalización se manifiesta entre otros caracteres por la creciente internacionalización o regionalización de las acciones y efectos que todavía no son totales o globales, pero sí al menos parciales, ya sea entre naciones o en regiones.⁵ De tal suerte, en el marco de las relaciones bilaterales entre los dos países, la globalización se manifiesta como un camino de ida y vuelta: la anglonización de México y la latinización de Estados Unidos; o, como podríamos decir al parafrasear al mismo Huntington: la americanización de los inmigrantes hispanos o mexicanos, y la hispanización o mexicanización de los estadounidenses (pp. 220, 241, 249).

La pregunta abierta es qué tan compatibles son ambos procesos. Al respecto es conveniente recordar que Carlos Fuentes, en un artículo publicado en la revista *Time*, en 1992, había sugerido: “Creo en la latinización de Estados Unidos. Nos vamos a parecer uno al otro cada vez más”. Y, en marzo de 2004, en una entrevista previa a dictar la Farfel Distinguished Lecture en la Universidad de Houston, al responder a una pregunta, agregó:

Voy a comenzar con una premisa general, la cual consiste en que no hay culturas puras en el mundo. Todas son el resultado de un encuentro de culturas.

Soy mexicano. Tengo raíces indígenas, y tengo raíces españolas, y a través de España también tengo raíces mediterráneas. España es una de los países más multiculturales del mundo. Es ibérica, celta, mora, judía, latina, griega y gótica. Todo esto junto con las culturas indígenas de México crearon lo que tenemos. Un país mestizo.

Cuando uno viene a Estados Unidos uno se da cuenta que es lo mismo. El WASP [*White Anglo Saxon Protestant*, Protestante Anglo Sajón Blanco] está lentamente en vías de desaparición, en mi opinión. De cualquier forma el WASP tiene que coexistir con el afro-americano, indo-americano, latino-americano, asiático-americano. Es un verdadero crisol (*melting pot*), mucho más que en el siglo XIX cuando estaba restringido a inmigrantes europeos. Es un país mucho más cosmopolita hoy que hace cien años.

⁵ Sobre la globalización, *ibidem*, pp. 47-67, y sobre la internacionalización, *ibidem*, pp. 49-50.

II. ¿QUIÉNES SOMOS NOSOTROS?⁶

Huntington analiza los cambios relativos a la eminencia (*salience*) y sustancia (*substance*) de la identidad nacional estadounidense. Equipara la primera con la importancia que “los estadounidenses atribuyen a su identidad nacional comparada con sus muchas otras identidades”; e identifica la segunda con lo que “los estadounidenses creen que tienen en común y lo que los distingue de otros pueblos” (p. xv). Así, plantea tres argumentos (pp. xv-xvi):

1) La eminencia de la identidad nacional ha variado a lo largo de la historia y desde la década de los sesenta ha cedido su precedencia ante otras identidades nacionales, subnacionales, y transnacionales. No obstante, con los eventos trágicos del 9/11, ésta volvió a contar con la preeminencia, pero si la percepción de la amenaza desaparece las otras identidades podrían retomar la preponderancia sobre la identidad nacional.

2) La sustancia de la identidad también ha variado al ser definida en diferentes momentos a partir de los términos raciales, étnicos, religiosos, ideológicos, y culturales. Sin embargo, con la desaparición de la idea de una sola raza o etnia y su sustitución por una identidad multirracial y multiétnica, el “credo americano” es considerado como el elemento definitorio de la identidad estadounidense.⁷

3) La eminencia y la sustancia de la identidad estadounidense es desafiada por la nueva ola de inmigrantes de América Latina (y Asia), por la popularidad en círculos intelectuales y políticos del multiculturalismo y de la diversidad, por la dispersión del español como la segunda lengua y los patrones de hispanización al interior de la sociedad estadounidense.

En respuesta a estos desafíos, augura que la identidad estadounidense podría evolucionar casi en cualquier dirección: a) debilitada con “credo

⁶ Los lectores familiarizados con el libro pueden pasar directamente al apartado III. ¿Quiénes son ustedes?

⁷ Los (restantes) componentes de esta cultura incluyen: “el idioma inglés; la cristianidad; el compromiso religioso; los conceptos ingleses de Estado de derecho, responsabilidad de los gobernantes, y derechos de los individuos; y, los valores protestantes disidentes del individualismo, de la ética del trabajo, y la creencia que los humanos tienen la habilidad para y el deber de crear un paraíso en la tierra, una ‘ciudad en la montaña’. Históricamente, millones de inmigrantes fueron atraídos a Estados Unidos por esta cultura y las oportunidades económicas que hace posibles” (p. xvi).

americano”, sin su centro histórico cultural, y unida solamente por un compromiso común hacia sus principios; b) bifurcada con dos idiomas y dos culturas; c) exclusivista con la raza y la etnia otra vez como los elementos definitorios, lo cual propicia el resurgimiento del waspismo y la subordinación o supresión de grupos de no-blancos o no-anglos ni no-europeos; d) revitalizada con su histórica cultura angloprotestante, compromiso religioso, creencias y valores reafirmados por las confrontaciones con un mundo adverso; y e) combinada con éstas y otras posibilidades (pp. xvi, y 19-20).

En el libro adelanta una serie de retos para la identidad nacional estadounidense y también avizora tres grandes rutas a partir de las cuales los estadounidenses podrán definir su identidad, las cuales ciertamente afectarían la forma de concebir a su país respecto al resto del mundo: el *cosmopolitanismo*, abrir su país a otros pueblos y culturas para ser influenciados por ellos al mismo tiempo de influenciarlos; el *imperialismo*, tratar de remodelar otros pueblos y culturas en términos de valores estadounidenses; y el *nacionalismo*, mantener su sociedad y cultura distinta a la de los otros pueblos. La gran duda es cuál de las tres prevalecerá o si acaso será alguna combinación la que predomine.

Huntington parece inclinarse, aunque no lo dice expresamente, por la última opción al insistir en la importancia del idioma inglés, de la religión y de la cultura angloprotestante que, según él, todavía son fundamentales para definir la identidad nacional estadounidense y al rechazar la posibilidad de que el “credo americano” por sí solo pueda ser suficiente para definirlo. Por tanto, su recomendación no es otra cosa más que una versión *nacionalista* cerrada tanto a la influencia de otros pueblos como a la posibilidad de influenciarlos, en contraposición a una visión del “excepcionalismo americano”, ya sea *imperialista* (o *universalista*) abierta a influir en otros pueblos y culturas, o de plano *cosmopolita*, abierta inclusive a ser influenciados por ellos.

1. *Los temas de la identidad*

Comienza por afirmar: “Las crisis de la identidad nacional se han convertido en un fenómeno global”; y asegura que éstas “varían en forma, sustancia, e intensidad” (p. 13). En Estados Unidos, la identidad nacional está en crisis porque es desafiada por otras identidades: nacionales, hay ocasiones en que en su territorio la selección estadounidense de fútbol aun-

que juega nominalmente de local, parece como si fuera el visitante; subnacionales, hay personas que a pesar de pertenecer a otra identidad subnacional racial o étnica se identifican a sí mismos primariamente como estadounidenses; y transnacionales, hay corporaciones estadounidenses que no se identifican a sí mismas como tales.

Es más, en los últimos años se acentuaron cuatro retos para la identidad estadounidense: 1) la disolución de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) no solamente eliminó una de las amenazas mayores y obvias a la seguridad nacional, sino que además dejó de pasada a Estados Unidos sin su Némesis, a partir del cual definía en términos ideológicos gran parte su identidad; 2) la difusión del multiculturalismo y de la diversidad erosionó la legitimidad de los elementos restantes de la identidad estadounidense, su cultura central —incluidos el idioma y la religión— y el “credo americano”; 3) la dispersión de una tercera gran ola de inmigración procedente primordialmente de países de América Latina (y Asia) en lugar de Europa, con culturas propias sustancialmente diferentes a las prevaecientes en Estados Unidos, y que pueden retener al establecerse en alguna diáspora o al seguir en contacto con sus países de origen; y 4) la divulgación del español como el idioma más hablado, después del inglés, por los inmigrantes pero también por los estadounidenses.

Con relación a los muchos otros factores que han reforzado la expansión de inmigrantes hispanoparlantes, el politólogo estadounidense menciona (pp. 18 y 19):

[L]a proximidad de sus países de origen; sus números absolutos; la improbabilidad de que este flujo termine o sea reducido significativamente; su concentración geográfica; las políticas de sus gobiernos que promueven su migración e influencia en la sociedad y política estadounidense; el apoyo de muchos estadounidenses de la elite al multiculturalismo, a la diversidad, a la educación bilingüe, y a la acción afirmativa; los incentivos económicos de los negocios estadounidenses para atender a los gustos hispanos, emplear el español en sus establecimientos y mercadotecnia, y contratar empleados hispano-parlantes; las presiones para usar el español al igual que el inglés en señales, formas, reportes, y oficinas gubernamentales.

Con la excepción de las líneas en que atribuye a los gobiernos de los países de origen de los inmigrantes el promover la migración, la descripción parece ser bastante acertada, al sintetizar muy bien por qué los

inmigrantes hispanos, a diferencia de las anteriores inmigraciones, han conservado su idioma y su cultura.

En lo referente a la “identidad”, antes que nada habría que precisarla como “el sentido que un individuo o grupo tiene de sí mismo” y después reafirmar varios de sus aspectos: 1) los individuos y los grupos tienen identidades, y los individuos definen y redefinen sus identidades en grupos; 2) las identidades son construidas; 3) los individuos y los grupos, aunque en menor medida, tienen múltiples identidades; 4) las identidades son definidas por sí mismas, pero son en gran parte el producto de la interacción entre uno y los otros; y 5) la relativa eminencia de una identidad alternativa es situacional. En este caso, resulta de especial interés que para poder definirse a sí mismos, haya individuos y grupos que necesiten de otros, y que en muchos casos éstos son o tienen que ser sus enemigos (pero también pueden ser sus aliados).

2. *La identidad estadounidense*

Aquí arremete contra dos proposiciones que para él son verdaderas pero sólo parcialmente, aunque sean aceptadas como si fueran toda la verdad: 1) “Estados Unidos es una nación de inmigrantes”; y, 2) “La identidad estadounidense es definida únicamente por una serie de principios políticos”: el “credo americano”. Es indudable que la inmigración y el credo son elementos fundamentales de la identidad nacional estadounidense, pero “No nos dicen nada acerca de la sociedad que atrajo a los inmigrantes o de la cultura que produjo el credo” (p. 37).

Por un lado, lo que hoy es Estados Unidos fue la resultante de la sociedad fundada por los colonizadores que organizados bajo compañías llegaron al Nuevo Mundo procedentes principalmente de las islas británicas. Para él, los “colonizadores” son fundamentalmente diferentes a los “inmigrantes”. Los primeros “dejan una sociedad existente, usualmente en un grupo, para crear una nueva comunidad, en un territorio nuevo y con frecuencia distante”; y los segundos “no crean una sociedad nueva”, sino que nada más se “mueven de una sociedad a otra diferente”. Así, en sus palabras: “Antes de que los inmigrantes pudieran venir a Estados Unidos, los colonizadores tenían que fundar Estados Unidos. Antes de que pudiera haber padres fundadores, hubo colonizadores fundadores” (pp. 38-40).

Por otro lado, en el corazón de la cultura estadounidense está la de quienes fundaron una sociedad colonial, a partir de principios tales como: “re-

ligión cristiana, valores y moralismo protestante, una ética del trabajo, el idioma inglés, las tradiciones británicas del derecho, la justicia, y los límites al poder gubernamental, y un legado del arte, literatura, filosofía, y música europea”. No obstante, a partir de ésta en los siglos XVIII y XIX se desarrolló “el credo americano con sus principios de libertad, igualdad, individualismo, gobierno representativo, y propiedad privada”. De esta forma “Las generaciones subsecuentes de inmigrantes fueron asimilados dentro de la cultura de los colonizadores fundadores y contribuyeron a ella y a modificarla. Pero no la cambiaron fundamentalmente” (pp. 40 y 41).

Claro está que en el momento de la independencia, la sociedad descendiente de los colonizadores era bastante homogénea, en términos de ancestros, raza y religión y que hoy en día por la migración es un poco más heterogénea. Sin embargo, no fue sino hasta que a mediados del siglo XVIII que el “credo americano” emergió, cuando las relaciones con la corona se deterioraron a partir de temas como el comercio, los impuestos, la seguridad y el poder del parlamento sobre las colonias: “La ilegitimidad del gobierno de un pueblo por otro pueblo”. A final de cuentas, los británicos y los descendientes de los colonizadores, en términos de raza, etnia, cultura y lenguaje, eran un mismo pueblo. Por tanto, la independencia de las trece colonias requería de una racionalidad diferente y por ello había que apelar a los ideales políticos. Los descendientes de los colonizadores argumentaron que el gobierno británico se había desviado de sus principios fundamentales, y que ello justificaba la resistencia (pp. 46 y 47).

Así “Las ideas políticas del credo americano han sido la base de la identidad nacional”.⁸ Está claro que estas nociones han favorecido que los estadounidenses se consideren “excepcionales” al definirse por la observancia de los principios y no nada más por su adscripción, y ha dado lugar a la pretensión de que Estados Unidos es una nación “universal” porque sus principios pueden ser aplicables a todas las sociedades humanas.

Es incontrovertible que la cultura angloprotestante ha combinado las instituciones y prácticas políticas y sociales heredadas de Inglaterra, incluido el idioma inglés, con los conceptos y valores del protestantismo disidente. Aun cuando la proporción de protestantes disminuyó, los “principios políticos seculares” resultantes han sido y se mantienen constantes.

⁸ Huntington, Samuel P., *American Politics. The Promise of Disharmony*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1981, p. 23.

El protestantismo estadounidense democrático y participativo se distingue del europeo que es jerárquico y establecido en que si bien ambos son disidentes, el primero es todavía más disidente y menos jerárquico que el segundo. Conviene recordar un pensamiento de Edmund Burke, al que se refiere Huntington, para diferenciar el protestantismo europeo del estadounidense:⁹

La religión, siempre un principio de energía, en esta nueva gente de ninguna forma está desgastada o debilitada; y su modo de profesarla es también una de las principales causas de su espíritu libre. La gente es protestante, y de esa clase que es la más adversa a toda sumisión implícita de la mente y de la opinión. Esta es una persuasión no solamente favorable a la libertad, sino construida sobre ésta. Todo protestantismo, incluso el más frío y pasivo, es una forma de disidencia. Empero la religión más prevaleciente en nuestras colonias del norte es un refinamiento del principio de resistencia: es la disidencia del disenso, y el protestantismo de la religión protestante.

Así el “credo americano” es la principal creación de la cultura anglo-protestante disidente y tiene tres grandes características: 1) estabilidad a lo largo del tiempo; 2) generalidad de sus principios;¹⁰ y 3) actitud crítica disidente. Sin la intermediación de las autoridades jerárquicas clericales, la cultura angloprotestante enfatiza el individualismo y la ética del trabajo (p. 71):

Con la ausencia de jerarquías sociales rígidas, uno es lo que alcanza. Los horizontes están abiertos, las oportunidades no tienen límites, y la realización de ellas depende de la energía, sistema, y perseverancia de uno, en pocas palabras, de la capacidad de uno y de su deseo de trabajar.

Para ser estadounidense es necesario suscribir la ética de trabajo y el individualismo, pero consecuentemente también sustentar un deber colec-

⁹ Burke, Edmund, “Speech on Conciliation”, en Stanlis, Peter J. (ed.), *Edmund Burke: Selected Writings and Speeches*, Nueva York, Anchor Books, 1963, pp. 159 y 160.

¹⁰ Huntington reconoce que el “credo americano” es tan sólo un elemento de la identidad estadounidense, porque durante mucho tiempo: “los estadounidenses esclavizaron y segregaron a los negros, masacraron y marginalizaron a los indios, excluyeron a los asiáticos, discriminaron a los católicos, y obstruyeron la inmigración de gente que no fuera de la Europa nor-occidental” (p. 49). Y que inclusive “los estados del sur formularon una justificación para la esclavitud” (p. 68).

tivo: “Individualmente los estadounidenses tienen la responsabilidad de perseguir el sueño americano y alcanzar lo que ellos puedan a través de sus talentos, caracteres, y trabajo duro. Colectivamente los estadounidenses tienen la responsabilidad de asegurar que su sociedad sea ciertamente la tierra prometida” (p. 75). Con esto los estadounidenses redefinen a su país como la “tierra prometida” y además como un modelo para el mundo, y por ende se convierten en un “estado cruzado” (*crusader state*) (p. 80).

Aunque puede parecer contradictorio, Estados Unidos es una nación secular pero altamente religiosa. A lo largo de su historia han sido extremadamente religiosos y ampliamente cristianos. Al respecto, hay que aclarar que tienen un alto compromiso religioso manifiesto en que su libertad de creencias implica ser libres tanto de creer en lo que anhelen como de crear tantas comunidades religiosas como les apetezca.

Si bien la iglesia católica es vista como una organización autocrática y antidemocrática; y los católicos como un grupo acostumbrado a la jerarquía y a la obediencia, el catolicismo estadounidense ha asimilado algunas características protestantes, al grado que más que un país estrictamente protestante se ha convertido en uno cristiano con los valores del protestantismo muy arraigados. En otro orden de ideas, la identidad nacional no se configura sino hasta después de 1740, pero ciertamente se consolida en la década de 1770. De hecho, la construcción de la identidad nacional estadounidense difirió de las de las naciones europeas, donde primero se creó el Estado y luego la nación, mientras que en Estados Unidos primero fue ésta y luego aquél.

En el proceso de construir esta identidad nacional los “otros” resultaron ser más que esenciales: “los indios estaban cerca pero eran débiles”; y “los europeos eran fuertes pero distantes”. Ambos eran “enemigos” pero ninguno una amenaza creíble. Aunado a lo anterior, la victoria en la guerra con México evidenció que los países al sur no eran tampoco una amenaza, con lo que Estados Unidos era un lugar a salvo y seguro con un territorio continental para ocupar, explotar y desarrollar sin la interferencia de las potencias extranjeras, lo que daría lugar al corolario: “América para los americanos” (p. 118). De igual forma, la guerra civil reafirmó la existencia de una “conciencia nacional” que permitió la reconciliación del norte y del sur en “un país, una bandera, un pueblo, un destino” (pp. 119 y 123).

Una vez creada, consolidada y reafirmada la identidad nacional, era necesario debatir sobre la asimilación de los inmigrantes donde las diferentes opciones corresponden a tres metáforas culinarias: 1) el crisol (*melting*

pot), presume que los individuos de todas las naciones son fundidos en una nueva raza de seres humanos; 2) la sopa de tomate (*tomato soup*), presupone que a la cultura angloprotestante la inmigración agrega otros ingredientes para enriquecer y diversificar el sabor, pero que son absorbidos dentro de lo que es fundamental; y 3) la ensalada (*salad*), previene que al no poder cambiar sus ancestros la inmigración no puede llevar sino hacia el pluralismo cultural (pp. 128-131).

A la par del vocablo “inmigrante” los estadounidenses acuñaron el vocablo “americanización” para proceder a “americanizar al inmigrante” al inculcarle y a sus descendientes la identidad nacional estadounidense. Para ilustrar este punto, Huntington cita extractos de un pensamiento de Louis D. Brandeis, otrora ministro de la Corte Suprema de Justicia: “[cuando el inmigrante] adopta las ropas, los modales y las costumbres generalmente prevalecientes aquí [cuando] sustituye su lengua materna por el idioma inglés”, se asegura que “sus intereses y afectos hayan echado raíces profundas aquí” y que hayan sido incorporados “dentro de una armonía completa con nuestros ideales y aspiraciones, y cooperar con nosotros en su realización” (p. 131). Con el tiempo la americanización fue criticada por aplicar demasiada presión a los inmigrantes, al grado de ser considerada como antiinmigrante y conducir a la dramática reducción de la inmigración en 1924.

3. *Los desafíos a la identidad estadounidense*

En esta parte analiza las cuatro principales manifestaciones de los desafíos a la identidad nacional estadounidense:

A. *El surgimiento de identidades subnacionales*

La popularidad de la doctrina del multiculturalismo y de la diversidad en los círculos intelectuales y elites políticas, así como la adopción de ciertas políticas como las de acción afirmativa elevaron a la raza, etnia, género y otras identidades subnacionales por encima de la identidad nacional. El multiculturalismo contradice la hegemonía de los valores propios de la civilización europea y occidental. Así, los multiculturalistas sugieren varias proposiciones: 1) Estados Unidos está compuesto de varios grupos étnicos y raciales; 2) cada uno de esos grupos tienen su cultura distintiva; 3) la elite blanca dominante ha suprimido estas culturas y ha obligado o

inducido a quienes pertenecen a otros grupos raciales y étnicos a aceptar la cultura angloprotestante; y 4) la justicia, la igualdad y los derechos de las minorías demandan que estas culturas oprimidas —o reprimidas— sean liberadas y que tanto el gobierno como las instituciones privadas promuevan y apoyen su revitalización. Por lo anterior, las metáforas del crisol o de la sopa de tomate, parecerían tener que ceder ante la de la ensalada (p. 171).

Al desafío dirigido al corazón de la cultura angloprotestante, Huntington agrega el reto al idioma inglés, pero él mismo recuerda que los hispanos favorecieron las medidas para terminar o al menos limitar la educación bilingüe, la cual tenía poderosas e inmediatas consecuencias para sus hijos. Entre las razones expuestas por los hispanos, en varias encuestas, argüían que quieren que sus hijos aprendan inglés tan pronto como “sea posible aunque se atrasen en otras materias” o “comiencen la escuela”. En pocas palabras, está claro: “Los padres no quieren que sus hijos trabajen en maquiladoras o limpien las oficinas en los edificios del centro cuando sean grandes. Ellos quieren que vayan a Harvard y Stanford, pero eso no va a suceder salvo que sean fluyentes y letrados en inglés” (p. 170).

B. *La falta de asimilación*

La ausencia o la impotencia de los factores que con anterioridad promovieron y propiciaron la asimilación de los inmigrantes combinada con la tendencia creciente de éstos a mantener identidades, lealtades y ciudadanías duales sugieren que el tema central no es la “inmigración en sí” sino “inmigración con o sin asimilación” (p. 178). Entre las causas que promueven la inmigración están tanto la pobreza del país de procedencia como la riqueza u oportunidades de desarrollo del de destino. Los inmigrantes ayudan a cubrir las necesidades de mano de obra, y éstas han permanecido constantes, pero las que propician la asimilación han cambiado: en la era de la globalización, dados los avances científicos y tecnológicos que facilitan los flujos de comunicación-información, cada vez más gente puede migrar y mantener lazos con su país de origen, cuando antes no les quedaba más que “quemar naves”.

Para que la inmigración sea atractiva para el receptor los beneficios de ésta deben ser mayores a sus costos. Toda vez que entre los últimos está el ser una amenaza para la seguridad colectiva o societaria (*societal security*), se abren al menos tres posibilidades: 1) inmigración limitada o restringida, para que la asimilación no sea un problema habría que limitar el número de

inmigrantes al establecer algún criterio para su admisión como en 1924, o restringir la duración o periodos de su estadía como con los programas de “trabajadores invitados” y “bracero”; 2) inmigración sin asimilación o superficial; y 3) inmigración con asimilación o sustancial. Si bien la idea de limitar, restringir y reducir drásticamente la inmigración no suena factible o viable, la cuestión se reduce a aceptarla sin o con esfuerzos adicionales para promover y propiciar su asimilación, lo que se traduce en una nueva interrogante ¿asimilación a qué?

Históricamente, Estados Unidos ha sido “una nación de inmigración y asimilación, y la asimilación ha significado americanización”. Sin embargo, ahora, la inmigración es diferente; las instituciones y procesos asociados con la asimilación son diversos; y, todavía más importante, Estados Unidos es diferente (p. 184). Huntington examina uno por uno los diversos factores que tradicionalmente la han caracterizado: *compatibilidad*, los inmigrantes, en su mayoría, proceden de sociedades europeas con culturas similares o compatibles con la cultura estadounidense; *selectividad*, los inmigrantes pueden seleccionar ellos mismos el inmigrar y deben estar dispuestos a correr los costos, riesgos e incertidumbres; *compromiso*, los inmigrantes deben querer ser estadounidenses y aquéllos que no se convierten deben regresar a sus países de procedencia; *diversidad y dispersión*, los inmigrantes proceden de diversos países, sin un idioma predominante, y se dispersan a lo largo y ancho de Estados Unidos, sin ser mayoría en ninguna ciudad o región; *discontinuidad*, la inmigración ha sido discontinua, al ser interrumpida por pausas y reducciones, tanto en números totales como por país; y; *guerras*, los inmigrantes pelean y mueren en las guerras por Estados Unidos.

Sin embargo, las inmigraciones más recientes difieren radicalmente de las anteriores, los inmigrantes antes podían optar solamente entre convertirse en estadounidenses (*converts*) o regresar a sus países de origen (*sojourners*), pero ahora tienen otra opción: mantener residencias, vínculos, lealtades y ciudadanía duales tanto en Estados Unidos como en su país de procedencia (*ampersands*). Pueden tener dos identidades nacionales: “comer el pastel y tenerlo también”, con lo cual combinan el “sueño americano” con la cultura, idioma, lazos familiares, tradiciones, y redes sociales de sus ancestros (p. 192). En pocas palabras, son personas que tienen o pueden tener “lo mejor de dos mundos” (p. 205).

En una sociedad crecientemente multicultural que cada vez valora más la diversidad, los inmigrantes tienen incentivos muy poderosos para

mantener y reafirmar su identidad ancestral. Asimismo, resulta que la americanización es algo profundamente anti-americano, una especie de antinomia o contradicción. De tal guisa, las alternativas a la americanización son tres: 1) asimilación parcial, no a la identidad nacional sino a alguna de las identidades subnacionales frecuentemente marginales; 2) no-asimilación; y 3) la alternativa del *ampersand*: en la era de la globalización se pueden mantener nacionalidades, ciudadanías y lealtades duales (p. 220).

C. *La inmigración mexicana y la hispanización*

Es innegable que la inmigración mexicana puede amenazar con dividir a Estados Unidos en una nación con dos culturas y dos lenguajes. De igual forma está claro que la inmigración mexicana ha tenido estos efectos porque sus características se diferencian de las de otras inmigraciones y porque su asimilación no ha sido igual a la de los demás (pp. 221 y 222).

Entre los factores que explican las diferencias, Huntington enlista seis: *contigüidad*, los inmigrantes anteriores llegaron después de atravesar el océano, en cambio los mexicanos sólo cruzan la frontera; *números*, además de ser contiguos y de estar separados por una la fronteras más largas y con mayores disparidades económicas, los mexicanos y su descendencia—dada su alta tasa de natalidad— son por mucho el principal grupo de inmigrantes y se estima que en 2040 van a constituir un cuarto de la población estadounidense; *ilegalidad*, por la proximidad, la inmigración mexicana incluye un gran número de inmigrantes ilegales; *concentración regional*, los inmigrantes hispanos han tendido a concentrarse regionalmente y, por lo mismo, no se han asimilado; *persistencia*, la inmigración mexicana ha sostenido sus altos niveles durante un gran periodo, al establecerse “cadenas migratorias” y si la inmigración continúa, cada vez será más difícil detenerla o propiciar su asimilación; y, *presencia histórica*, ningún otro grupo de inmigrantes puede pretender reclamar para sí parte del territorio estadounidense.

Con relación a otros indicadores, la asimilación de la inmigración mexicana es inferior a la de inmigrantes no-mexicanos contemporáneos y a la de los anteriores, entre estos índices Huntington incluye: idioma, educación, ocupación e ingreso, ciudadanía, matrimonios, e identidad. La mayoría de los inmigrantes de primera generación, salvo que procedan de países angloparlantes, no alcanzan a ser fluyentes en inglés, los de la segunda tienen mayor fluidez tanto en este idioma como en el de sus padres; y, para

la tercera son completamente fluyentes y tienen poco conocimiento, sino es que nulo, del idioma ancestral. En cambio los inmigrantes mexicanos han seguido el mismo patrón hasta la segunda generación, pero dado el número, la persistencia, la contigüidad, y la concentración regional, para la tercera la lengua madre no ha desaparecido, porque siempre hay quienes llegan a engrosar las filas de la primera.

Los demás indicadores siguen este patrón: mejoran de la primera a la segunda generación pero luego se estancan en la tercera. La explicación parece ser que dado el número, la persistencia, la contigüidad y la concentración regional, además de su presencia histórica, la asimilación nunca puede pasar más allá de cierto nivel al no haber incentivos para la adquisición de la ciudadanía, para la aculturación a la identidad estadounidense o para su amalgamación, por medio de los matrimonios interraciales.

En el pasado los inmigrantes formaron sus propios enclaves o se insertaron en algunos de ellos y se concentraron en ocupaciones particulares, pero en la segunda y tercera generaciones gradualmente se dispersaron, con lo cual pudieron diferenciarse en términos de residencia, ocupación, ingreso, educación, y ancestros. En tanto que la inmigración mexicana en lugar de dispersarse ha tendido más bien a concentrarse en ciertos lugares. Por lo general, donde siempre han tenido presencia histórica, como en el caso del suroeste estadounidense, es decir sobre todo en California y Texas. A la par de la hispanización de Florida por los cubano-americanos es posible hablar de la hispanización del suroeste por los México-americanos.

La gran incógnita es si la inmigración de mexicanos por la falta de asimilación y por la creciente hispanización de algunas regiones amenaza realmente con dividir a Estados Unidos en dos idiomas, culturas y pueblos. Al respecto, Huntington no solamente considera que sí, sino que además cree que el “sueño americano” creado por una sociedad angloprotestante no es posible sin el inglés: “Los México-americanos tendrán su parte en ese sueño y en esa sociedad si ellos sólo sueñan en inglés” (p. 256).

D. La fusión con el mundo

En las últimas décadas del siglo XX, el fin de la Guerra Fría, el colapso de la URSS, la tercera ola democratizadora, la expansión del comercio internacional y de los flujos tanto de bienes y servicios como de inmigrantes e inversión, los avances en los medios de comunicación-información y

transportación, etiquetados como “globalización”,¹¹ cambiaron profundamente a Estados Unidos al tener tres consecuencias para la identidad estadounidense: 1) la falta de un enemigo; 2) la gran desnacionalización de sus elites; y 3) la disminución de la ideología y el incremento de la cultura como la principal fuente de la identidad. En consecuencia, había que salir a buscar un enemigo que constituyera una “amenaza creíble”, además de tratar de renovar la identidad estadounidense a partir de la cultura anglo-protestante.

4. *La renovación de la identidad estadounidense*

El futuro de la sustancia y la eminencia de la identidad estadounidense está delineado por cuatro tendencias: 1) el desfallecimiento virtual de la etnicidad como una fuente de identidad para los estadounidenses “blancos”; 2) el desvanecimiento de las distinciones raciales y de la eminencia de dichas identidades; 3) el crecimiento en números e influencia tanto de los hispanos como de los mexicanos, y la propensión hacia un país bilingüe y bicultural; y 4) el ensanchamiento de la brecha entre la eminencia de la identidad nacional para las elites y para el público en general.

Huntington sugiere que estas tendencias podrían provocar una reacción nacionalista (por parte del waspismo), la polarización, y dramáticas consecuencias para la sociedad estadounidense. De igual forma, la identidad estadounidense también podría ser delineada por la vulnerabilidad a un ataque externo y el impacto de las intensas interacciones entre los pueblos de diferentes culturas y religiones. Lo cual podría promover el redescubrimiento y la renovación de la histórica identidad religiosa y cultural anglo-protestante (p. 295).

¹¹ “La globalización involucra: una gran expansión de las interacciones internacionales entre individuos, corporaciones, gobiernos, organizaciones no gubernamentales (ONGs), y otras entidades; el crecimiento en el número y tamaño de las corporaciones multinacionales que invierten, producen, y anuncian globalmente; y la multiplicación de las organizaciones internacionales, regímenes, y regulaciones. El impacto de estos desarrollos difiere entre grupos y entre países. La participación de individuos en los procesos globales varía casi directamente a su estado socioeconómico. Las elites tienen cada vez más y más profundos intereses transnacionales, compromisos, e identidades que las no-elites. Las elites estadounidenses, agencias gubernamentales, negocios, y otras organizaciones han sido por mucho más importantes que aquellas de otros países. Por tanto sus compromisos con las identidades e intereses nacionales podrían ser relativamente más débiles” (pp. 264-265).

Argumenta que la identidad estadounidense no puede definirse meramente en términos del “credo americano” porque hay otros elementos que son requeridos: el idioma, la religión y la cultura. Después de todo no bastaría con adoptar los principios del credo que en teoría son aplicables en cualquier tiempo y espacio sino que además se debe adquirir todo el paquete y ejercitarlo para ser verdaderamente estadounidenses (pp. 337 y 338). En pocas palabras (p. 339):

Ellos [los inmigrantes] se convierten en estadounidenses solamente si además inmigran a Estados Unidos, participan en el estilo de vida americano, aprenden el idioma, la historia, y las costumbres de Estados Unidos, absorben la cultura anglo-protestante de Estados Unidos, y se identifican primariamente con Estados Unidos en lugar de con su país de nacimiento.

III. ¿QUIÉNES SON USTEDES?

A partir de los tres argumentos explícitos de Huntington, vamos a derivar los corolarios implícitos, para después revisar críticamente sus tesis. En resumidas cuentas, los argumentos formulados son: 1) aun cuando la eminencia de la identidad nacional ha variado con el tiempo al ceder ante otras identidades nacionales, subnacionales y transnacionales, con el 9/11 volvió a contar con la preeminencia pero si la percepción de amenaza desaparece las otras identidades podrían retomar la preponderancia; 2) como la sustancia de la identidad también ha variado al ser redefinida en diferentes momentos a partir de la raza, etnia, religión, ideología y cultura, ahora resulta que el “credo americano” es considerado como el elemento definitorio; y 3) la eminencia y la sustancia de la identidad estadounidense es desafiada, entre otros factores, por la inmigración hispana y mexicana, así como por la dispersión del español como segunda lengua.

Los corolarios derivados son: 1) hay que mantener la sensación de peligro para que la identidad nacional pueda sostener la prominencia; 2) hay que afirmar que algunos componentes más allá del “credo americano”, tales como el idioma inglés, la religión cristiana, o la cultura angloprotestante, son esenciales para definir la identidad estadounidense; y 3) hay que atribuir a los inmigrantes procedentes de América Latina y México, así como al idioma español el constituir una seria amenaza para la cultura estadounidense como incompatibles con ésta.

Para demostrar la falsedad de cualquiera de estas tres derivaciones tenemos que desarrollar tres contraargumentos para evidenciar que Huntington está equivocado: 1) la sensación de peligro no es condición necesaria para definir la identidad nacional; 2) el idioma inglés, la religión cristiana o la cultura angloprotestante no son definitorios de la identidad estadounidense como tampoco lo eran la raza y la etnia, como en cambio el “credo americano” sí lo es; y 3) el idioma español y la cultura hispana o mexicana no constituyen una seria amenaza porque incluso son compatibles con el inglés y la cultura estadounidense angloprotestante.

En primera instancia, la sensación de peligro no es necesaria para definir la identidad nacional sino meramente contingente; es decir, puede ser utilizada para hacerlo. A guisa de ejemplo, mencionamos que la identidad nacional de los suizos no es definida a partir de la beligerancia sino de la neutralidad. No obstante, ello no quiere decir que Estados Unidos no pueda definirse a sí mismo a partir de quienes son sus enemigos (y sus aliados), puesto que esto es lo que han hecho durante toda su historia: desde los indoamericanos, las coronas española y francesa, hasta los Estados musulmanes fundamentalistas (pp. 263 y 359). Por supuesto que sin olvidar, primero, a la corona inglesa (de la cual se independizaron); después a los mexicanos (a quienes invadieron y arrebataron la mitad de su territorio) u otros países hispanos (a los que también han invadido o interferido en sus asuntos); luego, a los mismos estadounidenses del “sur” (a los que el “Norte” derrotó en la guerra civil); el eje Berlín-Roma-Tokio (al que vencieron en la Segunda Guerra Mundial); y, finalmente, el “imperio del mal” que era la URSS (al que derrotaron en la Guerra Fría). Con el fin de la Guerra Fría los estadounidenses se quedaron sin su archienemigo y dio inicio lo que hemos denominado “paz caliente”,¹² donde a falta de un enemigo (ideológico) había que salir a buscar uno (cultural-religioso).

Si de por sí la brecha entre el Islam, de un lado, y los estadounidenses y los israelitas, como sus principales aliados en la misión de controlar el medio oriente en lo económico y político, incluido el petróleo de los países árabes, del otro, los hacía sus potenciales enemigos, con el 9/11 la búsqueda terminó (p. 263). Desde aquel entonces el islamismo fundamentalista es

¹² Flores, Imer B., “Naciones Unidas y la paz perpetua”, *Global. Revista del Consejo Latinoamericano de Estudiosos del Derecho Internacional y Comparado*, año 1, núm. 1, 1997, p. 25; y “Reflexión sobre el binomio guerra-paz. Fundamento del derecho y relaciones internacionales”, *Indicador Jurídico*, vol. I, núm. 4, 1998, p. 68.

el enemigo, epitomizado en Irak, Irán, Sudán, Libia, Afganistán bajo el Talibán, entre otros Estados musulmanes y grupos terroristas (Hamás, Hezbollah, Jihad y Al Qaeda). No obstante, parecería que para Huntington es necesario fomentar la sensación de peligro al encontrar, a la par de la “amenaza externa”, una nueva “amenaza interna”, en la inmigración hispana y mexicana, para que la identidad nacional se mantenga y no pierda su eminencia.

En segundo lugar, el idioma inglés, la religión cristiana y la cultura anglo-protestante ya no son definitorios de la identidad estadounidense pero sí el “credo americano”. Respecto al idioma habría que decir que el español es el lenguaje más hablado por los mismos inmigrantes y por los propios estadounidenses, sólo después del inglés. Según datos del buró del censo, en 2000, más del 10% de la población habla español, el cual aparece *de facto* como segundo idioma oficial, al ser usado tanto en los comercios o negocios privados como en las oficinas públicas.

Este último hecho constituye por sí solo una gran paradoja y merece un comentario adicional: cuando parecía que el inglés se había convertido en el esperanto, resulta que los estadounidenses tenían que aprender otro idioma para comunicarse con sus congéneres y competir con ellos en igualdad de circunstancias por trabajos, promociones y contratos (pp. 321 y 323). Baste enfatizar que en la última década la cantidad de personas que hablan inglés en el mundo y que hablan español en Estados Unidos aumentaron significativamente.

Por una parte, según la Unesco, el inglés junto al chino mandarín son los dos idiomas más hablados en el mundo, cada uno con mil millones de hablantes, seguidos por el hindú con novecientos millones y el español con cuatrocientos cincuenta millones. De hecho, según un estudio de David Graddol, *The Future of English? A Guide to Forecasting the Popularity of the English Language in the 21st Century*, auspiciado por el British Council, casi tres de cada diez libros publicados en el mundo están en inglés.

Por la otra, el hecho de que el español sea el segundo idioma más popular en Estados Unidos, con casi 28 millones de parlantes, lo convierte en el quinto país con más hispanoparlantes, sólo después de México, Colombia, España y Argentina. Algunos datos importantes reflejan: que los hispanos son bilingües; que inclusive la mayoría habla mejor inglés que español; que para la segunda generación la mitad todavía lo habla; y que dos terceras partes de los que lo hablan de la tercera lo utilizan exclusivamente en casa.

En cuanto a la religión, habría que comenzar por recordar que los colonizadores eran protestantes, pero más radicales o puritanos, tal y como los caracterizó Burke: la “disidencia del disenso” o el “protestantismo de la religión protestante”. Con el tiempo, el protestantismo ha cedido su lugar al “cristianismo”, con lo que de ser un país estrictamente protestante se ha convertido en uno “cristiano” con los valores protestantes firmemente arraigados. Además habría que agregar que los inmigrantes se han convertido de manera directa al protestantismo (p. 100) y de modo indirecto a través de la “protestantización de su religión” (p. 96), al grado tal que el catolicismo que era *per definitio* antitético ha sido conciliado con él (p. 92).

Respecto a la cultura angloprotestante habría que señalar que efectivamente ha producido lo que conocemos como el “credo americano” pero también que con el tiempo aquella ha desaparecido, al menos en su composición original, y que éste le ha sobrevivido, al grado que hoy en día define en gran medida a la identidad estadounidense. La sociedad estadounidense ha cambiado muchísimo desde que los colonizadores establecieron el credo a partir de una cultura angloprotestante bastante homogénea que excluía a los afroamericanos de la misma hasta el día de hoy donde prevalece el multiculturalismo o al menos una cultura bastante más heterogénea.

En tercer término, la inmigración de hispanos y mexicanos, el idioma español, y su cultura no constituyen una amenaza e incluso podrían ser compatibles con el inglés y la cultura estadounidense angloprotestante y el “credo americano”. Por lo pronto, podemos insistir en que en principio no existe tal incompatibilidad entre las dos lenguas y culturas. Por ejemplo, en el estado libre y asociado de Puerto Rico la lengua materna es el español y se habla al igual el inglés, asimismo su cultura coexiste con la angloprotestante y con el “credo americano” si no es que sus instituciones se sustentan precisamente en éstos. A esto deberíamos agregar casi 40 millones de hispanos que viven en Estados Unidos sin contar los cuatro millones de puertorriqueños, y que en el 2050 serán más de 100, alrededor de una cuarta parte; así como, el 43% de la población de Nuevo México, el 34% tanto en California como en Texas, que evidencian dicha compatibilidad.

Huntington al tratar de defender su posición arremetió contra dos proposiciones que en su opinión si bien eran verdaderas sólo lo eran parcialmente: 1) “Estados Unidos es una nación de inmigrantes”; y, 2) “La identidad estadounidense es definida únicamente por una serie de princi-

pios políticos”, es decir, el “credo americano”. Al respecto, diría “Las verdades parciales o a medias son con frecuencia más insidiosas que las falsedades”. Así, él mismo no puede negar que la inmigración y el credo son elementos fundamentales de la identidad estadounidense, pero para él aunque tienen “mucho de verdad” no son o no pueden ser todo, al no decir nada acerca de la sociedad que atrajo a los inmigrantes y de la cultura producida por dicho credo (p. 37).

Esta “estrategia engañosa y falaz de dividir y conquistar” permite rechazar cualquier cosa que: “salvo que nos diga toda la historia puede ser totalmente ignorada”.¹³ Sin embargo, el estratagema “todo o nada”, el cual afirma que algo dice toda la verdad o no dice nada, se le puede voltear, sobre todo porque él también defiende verdades parciales y al hacerlo cita los extractos de los autores y de los párrafos que le convienen. Para nosotros la respuesta parcial a la pregunta qué es Estados Unidos: una nación de inmigrantes, cuya identidad es definida —no como condición suficiente, sí como necesaria— por “el credo americano”, es mucho mejor que la respuesta parcial: no es únicamente una nación de inmigrantes ni el credo americano define hoy esa identidad.

1. *Una nación de inmigrantes*

Huntington parece sugerir que Estados Unidos antes que nada es una sociedad de colonizadores que atrajo inmigrantes, en lugar de una sociedad de inmigrantes cuyos antepasados efectivamente fueron colonizadores que ha atraído a inmigrantes durante varios siglos. Es cierto que los “colonizadores” son diferentes a los “inmigrantes”, pero no se sigue que no sean semejantes o que no tengan nada en común: unos y otros dejan un lugar para asentarse en otro, sin colonizar o ya colonizado, y en menor o mayor medida traen consigo su cultura y sus instituciones. En este sentido la “inmigración” es el género del cual la “colonización” es tan sólo una especie.

Para tratar de precisar si son una nación de colonizadores y no una de inmigrantes, la cuestión es precisar a partir de qué momento podemos hablar de Estados Unidos, y no meramente de las trece colonias fundadas en

¹³ Cfr. Dworkin, Ronald, *Sovereign Virtue. The Theory and Practice of Equality*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2000, p. 47.

América del Norte. Ciertamente los primeros colonizadores eran bastante homogéneos, al descender de los mismos ancestros, al hablar el mismo idioma, al profesar la misma religión, al estar ligados a los mismos principios de gobierno, al ser muy similares en modales y costumbres (p. 44). No obstante, los primeros estadounidenses propiamente así llamados, a diferencia de los colonizadores de ascendencia británica, son bastante heterogéneos al incluir a los descendientes de éstos pero también de los inmigrantes posteriores, de los indoamericanos, de los afroamericanos, y hasta de los mexicano-americanos que vivían en Texas y en los territorios del suroeste.

2. *El “credo americano”*

Aun cuando es indiscutible que fue el producto de la cultura anglo-protestante, Huntington disputa que sea tan fundamental con lo cual ahora tendría que explicar por qué ha cambiado de opinión cuando antes había afirmado: “Los valores y las creencias, las cuales constituyen lo que con frecuencia se refiere como el ‘credo americano’, han servido históricamente como una fuente distintiva de la identidad nacional estadounidense”. Y más adelante: “Las ideas políticas del credo americano han sido la base de la identidad nacional”. Al grado que unos cuantos párrafos más adelante se pregunta: “Si no fuera por el credo americano, ¿qué hubieran tenido los estadounidenses en común?”¹⁴

El simple hecho de que las nociones de raza, etnia y religión hayan sido centrales al grado de esclavizar y segregar a los afroamericanos, masacrar y marginalizar a los indoamericanos, excluir a los asiáticos, discriminar en contra de los católicos, y obstruir la inmigración de gente de fuera de la Europa noroccidental pero que a la postre hayan tenido que ceder por ser contradictorias con el “credo americano” solamente refuerza la primacía de éste.

3. *Una nación de inmigrantes creyentes y practicantes del “credo americano”*

Las dos proposiciones parcialmente verdaderas al sumarse dan como resultado una tercera totalmente verdadera: “Estados Unidos es una nación

¹⁴ Huntington, Samuel P., *American Politics...*, cit., nota 25, pp. 4, 23 y 24.

de inmigrantes creyentes y practicantes del credo americano”. A continuación vamos a tratar de precisar cómo surge el “credo americano” y qué lo constituye. Es imperativo recordar que Burke trató de persuadir a la corona inglesa, con sus participaciones en el parlamento, del error de establecer impuestos a las colonias porque esto las subordina no a la soberanía de la monarquía constitucional, sino al deseo arbitrario de la tiranía: “las colonias se quejan de que son gravadas en un Parlamento en donde no están representados”.¹⁵

De un lado, en su *Discurso sobre la tributación* (1774), decía que las colonias tenían “todas las marcas características de un pueblo libre en todos sus asuntos internos. Tenían la imagen de la constitución británica. Tenían la sustancia. Eran tributadas por sus propios representantes. Escogían la mayoría de sus propios magistrados. Les pagaban a todos. Tenían en efecto la disposición de su propio gobierno interno”. Así, hacia el final de este discurso le sugería a sus colegas en el Parlamento inglés: “Revertir a sus viejos principios... Dejar que las colonias, si tienen materia de impuestos, se los impongan a sí mismas”.¹⁶

Del otro, un año después y uno antes de la declaración de independencia, en su *Discurso sobre la conciliación* (1775) —del cual ya citamos un célebre extracto sobre la diferencia entre el protestantismo estadounidense y el europeo— Burke sostiene que al administrar las colonias en América del Norte habría que tomar en consideración inclusive más que su población y comercio, su “*temperamento y carácter*”:¹⁷

En este carácter de las colonias un amor a la libertad es la característica predominante que marca y distingue el todo. Este feroz espíritu de libertad es más fuerte en las colonias inglesas, probablemente, más que en cualquier otro pueblo de la tierra, y esto es de una gran variedad de causas poderosas... [E]l pueblo de las colonias son descendientes de los ingleses.

¹⁵ Burke, Edmund, “Speech on Conciliation”, en Stanlis, Peter J. (ed.), *loc. cit.*, nota 27, p. 170. Al respecto, ya Lord Camden, Charles Pratt, el 7 de marzo de 1766, había admitido que el parlamento inglés no tenía derecho a gravar las colonias, ya que “Tributación y representación son inseparables”, tal y como lo había acuñado, unos años antes, James Otis (*circa* 1761): “Tributación sin representación es tiranía”.

¹⁶ Burke, Edmund, “Speech on American Taxation”, *cit.*, en Stanlis, Peter J. (ed.), *loc. cit.*, nota 27, p. 149.

¹⁷ Burke, Edmund, “Speech on Conciliation”, en Stanlis, Peter J. (ed.), *loc. cit.*, nota 27, p. 158 (el énfasis es original).

Inglaterra... es una nación que todavía... respeta, y antes adoraba, su libertad. Los colonizadores emigraron cuando esta parte de su carácter era la más predominante; y tomaron este perjuicio y dirección el momento en que partieron de tus manos. Ellos están por lo tanto no solamente dedicados a la libertad, sino a la libertad de acuerdo con las ideas inglesas y sobre los principios ingleses.

Para denunciar el equívoco y la inconsistencia en que la corona incuriría, en dicho discurso Burke decía: “[P]ara probar que las colonias no tienen derecho a sus libertades, estamos esforzándonos cada día para subvertir las máximas que preservan todo nuestro espíritu propio. Para probar que las colonias no deben ser libres, estamos obligados a despreciar el valor de la libertad en sí misma”. Así, el corolario sería: “la libertad, y no la servidumbre, es la cura para la anarquía; como la religión, y no el ateísmo, es el remedio verdadero para la superstición”.¹⁸

En otros términos el “credo americano” son los “principios políticos seculares” producto de la cultura angloprotestante disidente y distintiva de los primeros colonizadores procedentes principalmente de Inglaterra, pero que han sido desarrollados tanto por los ingleses que emigraron primero como por quienes que de todos los lugares inmigraron después y se asimilaron al mismo. Así, más que el credo en sí lo importante es la asimilación por parte de los inmigrantes. A continuación reproducimos el pensamiento sin censuras de Brandeis sobre la americanización:¹⁹

¿Qué es la americanización? Se manifiesta a sí mismo, en una forma superficial, cuando el inmigrante adopta las ropas, los modales y las costumbres generalmente prevalecientes aquí. Pero todavía más importante es la manifestación que se presenta cuando sustituye su lengua materna por el idioma inglés como el medio común de habla. Pero la adopción de nuestro idioma, modales y costumbres es solamente una pequeña parte del proceso. Para ser americanizado el cambio debe ser fundamental. Sin embargo por más grande que sea su conformidad en apariencia externa, el inmigrante no es americanizado salvo que sus intereses y afectos hayan echado raíces profundas aquí. Y nosotros con toda propiedad demandamos del inmigrante

¹⁸ *Ibidem*, pp. 164 y 175.

¹⁹ Goldman, Solomon (ed.), *The Words of Justice Brandeis*, Nueva York, Henry Schuman, 1953, p. 29 (las cursivas resaltan los extractos citados por Huntington).

más que esto —el debe ser llevado dentro de una armonía completa con nuestros ideales y aspiraciones, y cooperar con nosotros en su realización—. Solamente cuando esto ha sido hecho él posee la conciencia nacional de un estadounidense.

De lo anterior se desprende una lectura alterna de lo dicho por Brandeis: el idioma inglés no es parte central del “credo americano”, pero sí es una de las manifestaciones más importantes del proceso de americanización, al servir de medio común de habla. Asimismo, su adopción “solamente es una pequeña parte del proceso” porque el cambio no debe ser meramente de “conformidad en la apariencia externa” sino que por el contrario debe ser fundamental para que “sus intereses y afectos” echen raíces profundas en “armonía completa con nuestros ideales y aspiraciones, y [puedan] cooperar con nosotros en su realización”.

Claro está que a partir de la asimilación “Millones de inmigrantes y sus hijos han alcanzado riqueza, poder y estatus en la sociedad estadounidense precisamente porque ellos se asimilaron a sí mismos dentro de la cultura estadounidense prevaleciente” (p. 62). Sin embargo, la asimilación no implica ni tiene porque implicar la renuncia a sus intereses y afectos sino tan sólo que éstos hayan echado raíces profundas en Estados Unidos para que puedan estar en sintonía con los ideales y aspiraciones propios del “credo americano”.

En este sentido los inmigrantes hispanos y mexicanos en principio pueden asimilar el “credo americano” sin tener que renunciar a su cultura o al idioma español, tal y como los puertorriqueños lo han hecho, o como los judíos que tampoco han tenido que renunciar a su religión. De hecho, algunas de las diferencias entre los mexicanos y los estadounidenses no son tan insuperables como parecen, tales como el *cliché* que “los mexicanos están obsesionados con el pasado, en tanto que los estadounidenses con el futuro”, o el de que “los mexicanos están muy arraigados a su tierra, mientras que los estadounidenses no tienen tal tipo de arraigo”; o los lugares comunes que afirman que el individualismo y la ética de trabajo nunca podrán ser características de los hispanos ni de los mexicanos. De hecho, por definición todo aquel hispano o mexicano que emigra hacia Estados Unidos rompe, en mayor o menor medida, con dichos mitos.

IV. A MODO DE CONCLUSIÓN: ¿QUIÉN ES QUIÉN?

A final de cuentas Estados Unidos es una nación de inmigrantes creyentes y practicantes del “credo americano” y México un país que no ha podido generar los mismos niveles de prosperidad que su país vecino con quien comparte poco más de dos mil kilómetros de frontera. Esta disparidad entre la pobreza de uno y la riqueza del otro, así como la posibilidad de alcanzar la prosperidad del otro lado, aunado a las cinco características indiscutibles que le podemos atribuir necesariamente a la inmigración mexicana —*contigüidad o proximidad, cantidad, regionalidad, continuidad, e historicidad*— la hacen inevitable.

La sexta característica que Huntington enuncia como tercera, la *ilegalidad*, es contingente y hasta ahora es el resultado de que la demanda de mano de obra (barata) no sea cubierta por la oferta legal existente, con lo cual se crea un incentivo (por demás perverso) para emplear trabajadores indocumentados. Si bien el gobierno mexicano no hace nada por limitar o restringir la emigración, por cierto, en estricto respeto a un derecho humano, es decir a la libertad fundamental de tránsito, es erróneo atribuir al gobierno mexicano la promoción de la migración, cuando la demanda de mano de obra y el incentivo del “mercado negro” son generados en Estados Unidos. El problema, más que de ilegalidad es de falta de institucionalización, a través de acuerdos migratorios ya sean permanentes o temporales.²⁰

De igual forma, el gobierno mexicano debería defender los demás derechos humanos de los inmigrantes mexicanos, como en el caso del controvertido acuerdo que autoriza a la patrulla fronteriza a disparar balas de goma —no letales *prima facie*— en contra de inmigrantes presumiblemente indocumentados. Cabe recordar que al ser cuestionado sobre este punto en el Seminario Internacional “Democracia, Política y Estado”, el secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan afirmó: “Los migrantes no deben ser tratados como delincuentes. No deben ser detenidos de manera violenta y respetar sus derechos porque son ciudadanos valientes que contribuyen a la economía de los países donde ingresan y de donde son originarios”.

²⁰ Cfr. Blackmore Sánchez, Hazle, *El fenómeno migratorio México-EUA. ¿Es posible la institucionalización?*, México, ITAM, 1999 (tesis de licenciatura).

De lo anterior se desprende además el hecho de que la migración sea atractiva para el país que recibe al inmigrante que aporta mano de obra y también a su país de origen al cual contribuye con el envío de remesas fruto de su trabajo. De hecho, habría que decir que Estados Unidos es una economía fundada en los inmigrantes, quienes sucesivamente llegan para ocupar los estratos más bajos de la cadena productiva. De tal suerte, me permito vislumbrar una hipótesis: con la limitación o restricción de la inmigración y, en consecuencia, su reducción, se podrían causar una severa crisis económica. Al respecto, habría que señalar que la drástica reducción en 1924 antecede tan sólo por un lustro a la gran crisis de la depresión de 1929.

En apoyo ofrecemos dos argumentos: uno verdaderamente sustancial y otro que quizás parezca trivial. De un lado, en un reporte especial intitulado “The Best Countries in the World”, publicado en la revista *Newsweek*, del 26 de julio de 2004, Jeffrey D. Sachs sostiene que Estados Unidos es “el mejor país para hacerse rico” y como modelo señala a Texas “una economía fundada en inmigrantes”. Del otro, la película “Un día sin mexicanos” deja entrever lo que podría pasar en un día si no hubiera mexicanos en el país vecino.

Para culminar haremos referencia a una doble afirmación de Huntington: “Los México-americanos son más propensos a la democracia que los mexicanos. Sin embargo, las profundas diferencias que existen entre los valores y la cultura de mexicanos y de estadounidenses impactan a los México-americanos” (p. 253). Las diferencias entre ambas naciones se pueden rastrear en sus antecesores pero sobre todo en el “credo”, el cual cada uno cree y practica. Lo que ahora es Estados Unidos fue *colonizado*, de manera indirecta por la corona inglesa, principalmente, por medio de las *compañías* y de los *puritanos*, aunque en menor medida por la propia familia real, en cambio lo que ahora es México fue *conquistado* de modo directo por la *corona española* y la *iglesia católica*. En el segundo la organización fue *centralizada e impuesta de arriba-hacia-abajo* desde la corona española, en tanto que en los primeros ésta fue *descentralizada y construida de abajo-hacia-arriba* por los propios colonos de procedencia inglesa. Es indudable que las coronas española e inglesa eran muy distintas, y que mexicanos y estadounidenses también lo serían.

No obstante la actitud de la propia corona inglesa fue muy dispar en América, entre las colonias del norte y las del resto del continente, incluido el Caribe, como fue el caso de Jamaica. La explicación más allá de la

geopolítica está en el “credo” mismo, lo cual explica por qué las otrora colonias norteamericanas tenían que iniciar la rebelión para su independencia de la corona inglesa.

De lo anterior resulta que efectivamente los México-americanos están influenciados por la cultura de los mexicanos, pero también por la de los estadounidenses. De hecho, a estas alturas parecen estar más penetrados de la de estos últimos. Al grado que la afirmación: “Los México-americanos son más propensos a la democracia que los mexicanos” adquiere mayor sentido al indicar que no es el gobierno mexicano el que promueve la migración o defiende a los inmigrantes mexicanos y a los estadounidenses de origen mexicano sino que son precisamente éstos, los que ahora le pueden exigir al gobierno su protección y el respeto a sus derechos humanos, en su calidad de inmigrantes creyentes y practicantes del “credo americano”.